

—Es que me acuerdo... dijo con voz baja y casi solemne.

—¿De quién?

El tío Juan cruzó los brazos sobre el pecho.

—Hoy hace quince años, sobrino mio, murmuró, que Luis de Penhoel abandonó la casa paterna para no volver á ella jamás.

Este nombre fué pronunciado en medio del mas profundo silencio.

El señor de Penhoel se estremeció y sus mejillas se cubrieron de palidez.

Todos los huéspedes del castillo guardaban silencio.



CANCION BRETONA.

HUBIÉRASE dicho que el nombre del primogenito de la familia lanzado de improviso habia evocado un fantasma. En todos los rostros se advertia como un velo de tristeza y durante un minuto reinó en el salon de Penhoel un silencio casi lúgubre.

Aquel recinto tan tranquilo, y en cuya felicidad no se podia suponer otro enemigo que el enojo monótono de la vida campestre, se mostraba entonces bajo otro aspecto.

En aquella casa habia un secreto. Sin embargo; antes de que hubiese sido pronunciado el nombre

del primogénito nada esplicaba en la fisonomía del castillo las medias palabras y las melancólicas reticencias de maese Geraud, el honrado posadero de Redon.

Era una familia pacífica, dos esposos jóvenes todavía que se amaban con el cariño un poco tranquilo del matrimonio.

Ahora las palabras del posadero tenían un sentido.

Bajo aquella paz se descubría un sordo sufrimiento, y el misterio de un drama de familia se mostraba tras el telon medio levantado.

La señora estaba pálida como una estatua de alabastro y sus ojos bajos no miraban ya el Angel, que proseguía durmiendo.

El señor de Penhoel, que habia dirigido al tio Juan una mirada de reprension, ecsaminaba entonces á su mujer con una atencion sospechosa. Fruncíanse sus cejas y monstrábanse en su frente algunas arrugas.

El tio Juan apoyaba su cabeza en la mano. Absorbíale el pasado y parecia perderse en algunos recuerdos en que encontraba placer y lágrimas.

Elena y Diana, vagamente asustadas, habian perdido su bella sonrisa. Miraban a hurtadillas el sombrío rostro de René y la pálida fisonomía de la señora, y al verlos oprimíaseles el corazon.

Los demás individuos de la asamblea permanecian inmóviles y mudos. Ninguno se atrevia á romper aquel silencio glacial.

En el campo reinaba la tempestad. El viento sonaba en los huecos de las ventanas, y la nieve y la lluvia azotaban las vidrieras.

Solo dos personas habia en el salon que permaneciesen al abrigo del disgusto general; Blanca, que estaba guardada por su sueño, y Vicente de Penhoel, que perdido en la contemplacion de Blanca, no oia ni veia nada.

Mientras sus dos hermanas y de Launoy sufrían mas y mas el efecto de aquel triste silencio que oprimia á los huéspedes del castillo, se puso Vicente á sonreír porque el Angel en sus sueños sonreía tambien.

Durante algunos momentos se iluminó con un rayo de alegría la pura belleza del Angel. Una tinta rosada fué á colorear sus mejillas y se entreabrió u boca como para murmurar cariñosas palabras.

Vicente tenía las manos juntas y contenia su respiracion.

Luego se veló poco á poco la sonrisa de Blanca; una dolorosa nube cubrió su frente; agitóse débilmente contra el seno de su madre.

Despues, despertada por el silencio tal vez tanto como por su sueño, se incorporó asustada, lanzando un débil grito.

Al ver abrirse sus azules ojos, dulces como el amor de un niño, se hubiera comprendido por qué la poesía de las buenas jentes de Bretaña le habia puesto por sobrenombre el Angel.

Dirigió en torno suyo una mirada que respiraba

temor; luego estendió sus lindos brazos medio desnudos para colgarse del cuello de su madre.

—¡Oh! dijo en voz baja; cuanto miedo me da; ¡le he visto, ¡le he visto!

Gracias al profundo silencio que reinaba en el salon pudo llegar su voz á los oidos de todos.

—¿Sabes de quien hablo? replicó viendo que su madre no le hacia ninguna pregunta. Me has dicho muchas veces que era muy hermoso y muy bueno... ¡oh! al momento lo he reconocido.

La palidez de la Señora fué aun mayor. No se atrevia á levantar la vista.

En las miradas del señor de Penhoel se advertia un fuego sombrío.

El abogado continuaba, aunque en voz muy baja, diciendo todas las ideas de páfida ironía que atravesaban su imaginacion.

Las jóvenes escuchaban curiosas. Elena y Diana se habian acercado á la Señora para acariciar las pequeñas manos de Blanca.

—¿No quieres decirme lo que te figuras? replicó esta última con un tono infantil de queja; y sin embargo, ya sabes de quien hablo, por quien todas las noches pedimos juntas á Dios: por él... mi tío Luis.

La respiracion del seño de Penhoel apenas pudo salir del pecho. Pasó el dorso de su mano por la frente, que mojaban algunas gotas de sudor.

La Señora permanecia inmóvil y fria en apariencia.

—Lo he visto, replicó Blanca, y he sido muy feliz porque me ha tomado en brazos, diciéndome: Condúceme hácia tu madre. ¡Oh, mamá! se interrumpió; ¡me parece que nos debe querer mucho á las dos!

René de Penhoel se levantó con un movimiento violento, poniéndose á recorrer la estancia á grandes pasos.

Al ruido de sus pasos se abrieron los ojos de la Señora, cargados de una tristeza profunda, pero serenos y arrogantes.

El Angel no observaba esto y continuó:

—Cuando iba á traerle aquí, mamá, se ha ocultado el hermoso sol que brillaba tras la montaña. De pronto anocheció... Mi tío Luis se puso pálido y fué dilatándose su estatura... tenia largos y delgados brazos... Luego se acostó en tierra y he visto que cubrió su cuerpo con un sudario.

Penhoel acababa de detenerse delante de su mujer, contraidas las cejas y cruzados los brazos sobre el pecho. Temblaban sus labios como si estuvieran deteniendo palabras prontas á salir de ellos.

Blanca callaba, oprimiéndose contra su madre. Oyóse la voz del tío Juan, que ahogada y lenta decia:

—¿Qué mas has visto, hija mia? A veces habla Dios en los sueños de los niños.

Blanca se estremeció.

—¡Oh! ¡no quisiera volver á ver eso! murmuró. Despues que se habia acostado sobre la tierra me

inclinó hacia él. . . . ¿A dónde había ido su hermosa sonrisa? Sus ojos estaban inanimados. . . . lo toqué, y estaba frío como el mármol.

La voz del tío Juan rompió de nuevo el silencio.

—En las oraciones que al acostarte dices, hija mía, pronunció lentamente, dirás desde hoy: ¡Dios mío, tened piedad del alma de mi pobre tío Luis!

Desde que se había terminado el juego del boston, no había pronunciado una palabra el señor de Penhoel. Sus facciones, cuya regularidad no se presaba ordinariamente más que la apatía y la pereza de la inteligencia, reflejaban entonces enérgicas emociones.

Veíase en su fisonomía, violentamente agitada, las huellas sucesivas de la cólera, los celos, tal vez los remordimientos.

Había bebido la mitad del frasco de aguardiente. El alcohol se unía á la pasión para avivar la pesadez de su sangre.

Su brillante mirada se fijó por un momento en su mujer y su hija, respirando una amenaza muda, pero terrible.

Esto no fué más que por un instante. A la voz del tío Juan varió su fisonomía, bajándose sus párpados como para contener una lágrima.

Durante dos ó tres segundos luchó contra sí mismo; luego ocultó el rostro entre las manos.

—¡Mentira, mentira! murmuró. . . . Yo soy aquí el amo y prohibo á todo el mundo que diga que mi hermano Luis ha muerto.

Nadie replicó. Un sollozo agitó el pecho de Penhoel.

—¡Luis! ¡mi hermano Luis! replicó en voz baja; todos saben cuánto le amo. ¡No, no, no ha muerto! ¡También Dios me hubiera entonces dado sueños. . . . ¡Soy su hermano! ¿Quién tiene el derecho de amarle más que yo?

A estas últimas palabras brilló en sus ojos un rayo de furor y su mirada recorrió toda la estancia como para buscar una persona que le contradijese. No encontró más que fisonomías silenciosas y graves, y cesó su cólera.

Acercóse á su mujer y le besó la mano con aire que pedía perdón; luego tomó á Blanca entre sus brazos y la estrechó apasionadamente contra su corazón, mientras las miradas de Vicente seguían todos sus movimientos.

En los ojos de la Señora se hubiera podido descubrir un sentimiento análogo al de Vicente, También ella parecía inquieta como si la niña no hubiera estado segura en los brazos de su padre.

Todo esto hubiera parecido un poco extraño al que por primera vez hubiera entrado en la casa de Penhoel. En la conducta de René había un enigma inesplicable. La ternura que entonces le abrastraba se dirigía tanto á su mujer como á su hija y contradecía enérgicamente aquella sombría mirada que antes les había dirigido.

Una cosa no menos extraña era la frialdad con

que su mujer aeogia la cólera como el arrepentimiento del marido.

Sin embargo, habia en la noble y hermosa fisonomía de la Señora todos los indicios de un corazón apasionado.

No obstante, todos permanecian silenciosos. Roger de Launoy, Elena y Diana, volvian sus miradas con una especie de respetuoso pudor. El tío seguia meditando. El buen maestro de escuela bajaba maquinalmente las cartas por hacer algo y el abogado, mirando de lejos el traseo de aguardiente medio vacío, encontraba en él la esplicacion de la incoherente conducta de Penhoel. Uno solo entre todos los huéspedes del castillo hubiera podido explicarla de otro modo y mejor aún; pero era un alma discreta y leal en que morian los secretos que se le habian confiado.

Penhoel se habia sentado cerca de su mujer y acariciaba los rubios cabellos del Angel, que sonreia dulcemente.

—Marta, decia en voz baja y temblando de emocion; soy un loco... soy demasiado feliz, y Dios me castigará porque soy ingrato á su misericordia.

Oprimia la mano de la Señora contra sus labios y su mirada, velada por un resto de estravío, la contemplaba con adoracion.

—¿Sé yo acaso por qué sufro tanto? replicó.... ¡Oh, Marta, Marta!... te lo ruego; dime que me amas.

—¡Os amo!... murmuró ella con tranquila docilidad.

El caritativo Le-Hivain, llamado Macrocéfalo, se decia, cada vez mas convencido:

—Está borracho como el caballo del diablo.

La fisonomía de Penhoel se habia trasformado otra vez mientras proseguia con acento triste y desanimado:

—¡Cómo me decís eso Marta!... ¡Oh, teneis un buen corazón... y no quereis desesperarme!

Blanca perdía su sonrisa al ver la sombría nube que velaba de nuevo la frente de su padre.

La voz de éste se hizo bronca y sus cejas, formando una sola línea, cubrian el ardiente fuego de sus miradas.

—Señora... Señora, replicó; me complazco en decirme que soy un loco, y que vos sois prudente; el pasado me responde.... ¡Lo recuerdo y creo que vos lo recordareis mejor aún que yo!...

Y rechazando con brutal gesto á la pobre Blanca, asustada, volvió á acercarse á la mesa de juego, donde echó sin sentarse algun líquido en el vaso.

Blanca temblaba pálida y débil contra el seno de su madre.

Nadie se atrevia á hacer el menor movimiento.

René levantó el vaso, apurándolo de un trago.

Irguióse; un color vivo acudió á sus mejillas.

—¿Qué tenemos? exclamó interrogando con la mirada á cada uno de sus huéspedes; diríase que esta-

mos en un duelo. ¡Pardiez! ¿No se rie ya nadie en el castillo de Penhoel?

—¡Tengo miedo! murmuró el Angel temblando.

Los delicados colores de su mejilla habian cedido á la palidez.

Su madre la rodeaba con los brazos como para protegerla y desde lejos Vicente la contemplaba todavia con mas inquietud y tanto amor como su madre.

La voz de René gritó en medio del silencio:

—Niñas, tomad vuestras arpas y cantadnos una cancion bretona.... ¡Da horror!... Aún no ha sonado la campana que nos llama á comer y ya se están durmiendo todos.

Elena y Diana se levantaron obedientes. En un rincon de la sala habia dos pequeñas arpas colocadas en sus pedestales de madera dorada.

Elena y Diana, gracias á la ayuda de Roger, las acercaron á la chimenea.

—¿Qué quereis que cantemos? preguntó Diana.

—Una cancion báquica.... Pero no la sabreis, añadió Penhoel.... Cantad lo que querais.

—Mi cancion, murmuró el Angel.

Las dos hijas del tio Juan no habian rehusado nunca nada á Blanca de Penhoel.

Vibraron algunas notas tristes y melancólicas. El Angel cerró los ojos y se vió vagar por sus labios el reflejo de una dulce sonrisa.

Las arpas proseguian el sencillo y melodioso preludio de la cancion bretona.

Luego dos voces frescas y puras se confundieron con los acordes de las arpas.

Cantaron uno de esos aires de los bandos bretones; lágrimas cantadas que conocian muy bien el camino del corazon.

El helado viento que pesaba sobre todos los pechos fué perdiendo su frialdad. Por el encantador rostro de Blanca se estendió una espresion de reposo. La Señora y Vicente de Penhoel que la miraban, sintieron un momento de alegría al considerar su bienestar. El tio Juan habia hechado sus blancos cabellos á la espalda; sus ojos se perdian en el cielo; parecia hablar á Dios.

El señor del castillo sentia tambien el efecto bienhechor de aquella melodía. Dilatóronse sus cejas, y su cabeza, apoyada en la mano, no espresaba ya ninguna cólera.

En cuanto á Roger de Launoy contemplaba simultáneamente á las dos cantantes, buscando la mas bella y admirándose al contar los latidos de su corazon.

Embelesábanse la vista y el oido. Scheffer no soñó nada mas encantador cuando trasladó al lienzo sus favoritas; Cumberworth no tuvo nunca vision tan deliciosa cuando esculpió en mármol las infantiles lágrimas de su Lesbia ó la cándida sonrisa de su Virginia.

Eran bellas como la poesia sencilla y suave del pueblo mas poeta que ecsiste en el universo, y el

canto de Bretaña adquiría una armonía santa al pasar por sus bocas de niñas.

Las arpas unieron sus acordes y las dos jóvenes cantaron la primera estrofa.

La cabeza del Angel se ocultó entre las rubias masas de sus cabellos sobre el seno de su madre.

Las dos jóvenes seguían cantando.

—¿Cuál de las dos me querrá? se preguntaba Roger de Launoy.

Penhoel había rechazado su frasco de aguardiente.

El maestro de escuela y hasta el mismo abogado escuchaban. Verdad es que éste último bostezaba al escuchar.

La canción que las dos jóvenes cantaban era la de *Las Hijas de la Luna*. (1)

Las notas del ritornelo vibraron, muriendo después.

Luego reinó el silencio.

Blanca entreabrió entonces su linda boca. El canto había mecido su fatiga; dormía. La Señora bajaba los ojos como si aquel canto hubiese desperdado en el fondo de su corazón nuevas emociones.

—Muy bien, muy bien, hijas mías, dijo Penhoel; cantadnos una cosa mas alegre.

Las arpas resonaron de nuevo; mientras Elena y

(1) *Los poetas bretones llaman así á las jóvenes que mueren antes de casarse, y que luego frecuentan las orillas de los ríos vestidas con trajes blancos.*

Diana preludiaban. René de Penhoel, sobre quien la música había producido el verdadero efecto de un calmante, tendió la mano al tío Juan.

—¿No estareis enfadado conmigo? dijo alegremente.

El anciano pareció despertar de un sueño profundo.

—¿En qué diablos pensais? añadió aquel.

—Pensaba, respondió el tío Juan con voz penetrante y dulce, en la primera vez que oimos esa canción... ¿Os acordais, René? Fué nuestro Luis el que la trajo del país de Vannes.

Una furtiva lágrima se ocultaba bajo el caído párpado de la Señora.

—Qué familia tan feliz era en aquel tiempo la nuestra, ¡René! replicó el tío.... ¡Cuán tiernamente os amaba Luis... y qué placer causaba veros á los dos siempre juntos, alegres, arrogantes!

El puño cerrado de Mr. de Penhoel hirió la mesa con violencia, haciendo vacilar las cartas y fichas.

—¿Todavía.... exclamó.... se complacen en atormentarme? Callaos, niñas..... me hace daño vuestra música.

Elena y Diana obedecieron al momento. No se oyó mas en el salón que el ruido de la tempestad, que resonaba por fuera.

Abrióse la puerta y un criado en traje de aldeano apareció en el dintel.

Mr. Le-Hivain tuyo un instante la esperanza de ver terminar las tribulaciones de aquella tarde con el anuncio de estar servida la comida.

—Señor, dijo el criado, ahí está el molinero de los Houssayes, que en cuanto ha visto desbordarse el río ha venido corriendo.

—¿Qué quiere? preguntó Penhoel.

—Dice que el agua baja del alto país. . . . Nunca se ha visto semejante inundación. . . . Las pilas-tras del puente tiemblan y allá abajo temen mucho que la avenida se lleve la casa.

Penhoel rechazó su sillón precipitadamente. El mas torpe observador hubiese descubierto que le agradaba aquella diversion.

—Que se vuelva, dijo; allá voy yo. . . .

—¿Con el tiempo que hace? murmuró Marta.

Penhoel se encogió de hombros.

—Con el tiempo que hace, repitió con dureza; lo peor que pudiera sucederme sería que me llevase el agua, y como sé, señora, que pocas ó ninguna persona sentirán mi muerte. . . .

—¡Ah, René! ¡René! murmuró con tono de queja.

—¡Nadie me ama! . . . prosiguió Penhoel. . . . nadie.

Marta hizo un signo á Roger y á Vicente.

—Vamos á acompañaros al molino de los Houssayes, dijeron éstos al mismo tiempo.

—Vais á quedaros aquí, contestó Penhoel; os prohibo que me sigáis.

Colocó encima de su traje un gaban con capucha de piel de lobo que estaba colgado junto á la puerta, y salió sin pronunciar una palabra mas.

—¡Es bueno! murmuró el tio Juan como hablando consigo mismo, y su corazón escucha las voces de los desgraciados.

—Tambien es cierto que no hay en todo el país una muchacha tan bella como Juana de los Houssayes, murmuró el escéptico Macrocéfalo.

La lluvia azotaba los cristales.

El viento y el trueno resonaban.

René de Penhoel acababa de traspasar solo la puerta del castillo. El muchachuelo del molino, que habia ido á avisar, corria por la pendiente de la montaña.

René bajaba á pasos lentos la escarpada cuesta. Habíase echado atrás el capuchon de piel de lobo y experimentaba una especie de bienestar entregando su cabeza desnuda á los torrentes de lluvia que arrojaba la tempestad. Sin embargo de aquel diluvio permanecía su frente abrasada.

Caminaba con la cabeza baja, levantando á grandes intervalos y con un movimiento maquinal las mechas de sus empapados cabellos, que le cegaban.

Murmuraba sin saberlo:

—¡Luis! ¡Luis! ¡hermano mio!

La noche era sombría; únicamente la aclaraba el relámpago que á largos intervalos rasgaba el cielo.

Veíase entonces durante un segundo, la inmensa llanura, donde serpeaban los delicados hilos de agua y las lejanas colinas, que surgían para volver á quedar confundidas en medio de las tinieblas.

Penhoel dejó en pos de sí la habitación de Benito Haligan, el barquero, en cuya puerta ardía una pequeña linterna. A su derecha estaba Port-Corbean y á su izquierda aquella antigua muralla feudal que terminaba con la torre del primogénito.

El molino de los Houssayes estaba situado á un cuarto de legua.

Por aquel sitio corría aún lento y tranquilo entre sus dos orillas el Oust.

Antes de doblar el ángulo de la muralla dirigió Penhoel una mirada hácia la cima de la colina, donde débilmente brillaban las ventanas del castillo.

Sus manos oprimieron sus sienes.

—Mi mujer y mi hija.... murmuró con voz desalentada.... ¿Sé acaso si soy feliz ó desgraciado?

Permaneció un momento inmóvil y replicó:

—¡Las amo!.... Selo á ellas amo en el mundo y Marta no olvida nunca al ausente!.... ¡Oh! ¡nunca! ¡nunca!.... ¡A veces me pregunto si Blanca....

Se interrumpió.

La noche ocultaba la lívida palidez de su rostro. Una idea terrible atravesó su imaginación.

—¡Luis! ¡Luis! ¡hermano mío!.... pronunció recobrando su marcha hácia el alto país.

No se hubiera podido decir si la emoción que hacia temblar su voz era la angustia de la ternura ó un amargo movimiento de celos.

Durante algunos segundos marchó con paso rápido; luego se detuvo.

El lejano sonido de una trompa se dejaba oír delante de él en la dirección de la corriente del Varné. Llegaban á espirar en su oído gritos cuya significación conocía.

Decían:

—¡El agua! ¡el agua! ¡el agua!

Cuando cesó de mugir el viento oía un ruido sordo semejante á un trueno lejano.

Era la inundación que se acercaba.

Penhoel despertó de su éxtasis, acordándose del motivo que le había hecho abandonar el castillo.

Iba á proseguir su marcha hácia el molino de los Houssayes cuando oyó á su espalda al otro lado del Oust algunas voces.

—¡Hola, barquero! decían.... ¡la barca!.... ¡la barca!....

Aquellas voces eran alegres. Sonaron en los oídos del señor de Penhoel como un grito de agonía. Su corazón latió con fuerza.

El sonido de la trompa se acercaba, así como un ruido semejante al trueno.

Oyóse mas próxima la voz que gritaba:

—El agual ¡el agual ¡el agual!

No se hubiera podido decir si la emoción que hacían temblar en voz alta la angustia de la temura ó un amargo movimiento de eslos.

Durante algunos segundos marchó con paso rápido, luego se detuvo.

El lejano sonido de una trompa se dejaba oír delante de él en la dirección de la corriente del Vero. Llegaban á espirar en su oído gritos cuya significación conocía.

Decían:

—El agual ¡el agual!

Cuando cesó de mirar el viento oía un ruido semejante á un trueno lejano.

Era la inundación que se acercaba.

Penhoel despertó de su éxtasis, acordándose del motivo que le había hecho abandonar el castillo.

Él á proseguir su marcha hacia el molino de los Hombres cuando oyó á su espalda al otro lado del río algunas voces.

—¡Hola, paradero! decían... ¡la barca!... ¡la barca!...

Aquellas voces eran alegres. Sonaron en los oídos del señor de Penhoel como un grito de alegría.

En su corazón latió con fuerza.

La muerte iba á apoderarse de ellos de improviso.

Penhoel espantado por la angustia que naturalmente se sentía al ver marchar un desgraciado con rumbo á sus lechos muertos que detrás de él en la corriente se elevaba la mano armada de un asesino.

En presencia de los naturales el peligro; torció con las manos un espacio de docenas y pronunció algunas palabras; pero el viento que violentamente le rozaba en su rostro, no le dejó oír de la intensidad de aquel recurso.

Los mismos viento que rozaba tan completamente las palabras pronunciadas en la otra orilla, oponía á la voz del señor de Penhoel una barrera insuperable.

VI.

DOS PROPIETARIOS.

El ruido de la tempestad redoblaba y ya no se oían ni el eco de la trompa ni el ruido del agua.

—¡Tendré tiempo para pensar! el mensajero está muy lejos.

Lo que hacía latir el corazón de René de Penhoel no era ni la lúgubre trompa lanzando roncas notas en medio de las tinieblas, ni los gritos anunciando desde lejos la inundación, ni la torbante amenaza del agua luchando contra sus márgenes; eran aquellas voces alegres y contentas que pedían la barca desde el otro lado del río.

Allí había hombres que nada sospechaban y que dentro de algunos segundos desaparecerían bajo la inundación de la tierra en que apoyaban sus pies.